

LA TRISTEZA DEL REMANSO

POR D. JOSÉ LUIS JAUME

INSPECTOR DE ENSEÑANZA DE GUIPÚZCOA

EN un pueblo vasco, cuyo nombre no hace al caso, famoso por la diseminación de los caseríos que lo componen, y no menos célebre por la belleza de su panorama agreste y frondoso, surcado por cristalinos y serpenteantes arroyuelos, tributarios de uno de los ríos más caudalosos de la provincia, encontré en diferentes ocasiones, bajo la sombra de un bosque bañado por el río, apartada de todo bullicio y en actitud pensativa. dirigiendo su mirada al líquido espejo, una joven de ondulada cabellera negra, veinte o veinticinco años representaba, sus finas manos retenían un libro entreabierto, y su porte hacía presumir que se trataba de alguna muchacha educada fuera del ambiente rural.

Intrigado por este encuentro en paraje tan apartado, y más por la compostura de la joven, la tristeza y ensimismamiento reveladores de alguna íntima tragedia, no tardé en averiguar las causas que hubieron de influir sobre Marichu, nombre de nuestra protagonista, según me informaron algunos amigos del pueblo.

Eran los tiempos aquellos en que la «gripe» diezmaba implacable las poblaciones españolas.

Entre la juventud se encontraban las víctimas escogidas por la inexorable Parca. Javier, el joven médico, hijo del pueblo, recién licenciado, tuvo ocasión de darse a conocer como discípulo de Galeño. Puso al servicio de los desgraciados enfermos, no solo los conocimientos de su profesión, sino las energías físicas sobre humanas necesarias para atender a las numerosas y apartadas viviendas, que en todo momento reclamaban su presencia.

Marichu no pudo escapar al terrible mal, que prendió fácilmente en su delicada y bella naturaleza.

Javier, de la misma edad de Marichu y de caseríos limítrofes se habían profesado siempre entrañable afecto; afecto que no obstante la separación obligada durante la permanencia en colegios se convirtió en francos amores, plenos de todo el ardor de sus almas románticas y cuerpos jóvenes.

El cuidado asiduo a los enfermos era punto menos que imposible, pero el afable trato y agradable conversación de Marichu la granjearon muchas amistades, siendo la más íntima la que la unía con Mercedes, fiel confidente de sus sentires, y a la que consideraba casi como una hermana.

Mercedes no se apartó del lecho, y Javier multiplicaba sus esfuerzos para atender a la paciente por cuya salud hubiera ofrecido su vida, pues sin ella no tenía valor la existencia.

Afortunadamente las prescripciones médicas de Javier, y los cuidados y plegarias de sus padres y Mercedes, hicieron reaccionar la naturaleza de Marichu y la enfermedad quedó vencida.

La epidemia disminuía progresivamente, habían desaparecido los caracteres alarmantes, y el novel médico adquirió prestigio y autoridad.

Marichu en su convalecencia, solía pasar las tardes en la margen de un arroyuelo, bajo la sombra de esbeltos alerces. A aquel reman-

so del riachuelo acudía Javier; sumergía los reteles y con el pretexto de esperar los momentos propicios para pescar, se prolongaban las dulces y placenteras charlas propias de los enamorados. Mientras él fijaba su vista en la linda muchacha, ésta ruborosa miraba en el espejo que formaban las plácidas aguas los angulosos rasgos vascos de Javier; se embelesaba contemplando la varonil prestancia del soñado para compartir las delicias del futuro hogar.

Algunas veces arrojaba alguna piedrecita sobre el líquido, y aquella imagen se desdibujaba en numerosas ondas, y a esta desaparición seguía una sonrisa de Marichu, que pedía la compensación en las miradas que fijaba en su novio.

Cuando la epidemia hubo desaparecido y la salud renació en la comarca, y con ella el optimismo del vivir se presentó un caso inesperado: Mercedes contrajo una grave y contagiosa dolencia.

La consternación fué general. Javier expuso el peligro del caso. Los recursos de la ciencia parecían fallar ante los progresos de la enfermedad. Marichu más que recomendar ordenaba a Javier que asistiera a la enferma con aquella asiduidad que a ella le prestó; pues la gravedad de Mercedes requería el aislamiento, y ya que Marichu no podía cuidarla era su deseo que la reemplazara Javier.

Dios quiso que el mal se estacionara, y poco después surgió la crisis favorable de la enfermedad. Pero ésta había hecho presa: se contagió al joven y abnegado médico.

La fiebre infecciosa hacía progresos en el vigoroso organismo de Javier.

Acudieron los compañeros de profesión de los pueblos colindantes. Marichu preguntaba numerosas veces al día a cuantos médicos y vecinos encontraba respecto de la salud que tanto le interesaba. Todos pronosticaban un desenlace fatal.

Efectivamente: la vida de Javier se extinguió en un atardecer, musitando frases incoherentes, pero que oídos bondadosos recogieron alguna vez en el remanso mencionado; en ellas expresaba palabras que evocaban el recuerdo de Marichu.

Desde entonces aparentemente cambió su carácter, cada vez rehuía más y más el trato con sus amigas y especialmente con Mercedes la culpable, en su creencia, de la desgracia y a la que nunca reveló este íntimo sentir.

Así Marichu miraba todas las tardes el agua clara y tranquila del remanso añorando el recuerdo de su amado y creyendo ver reflejada en ella la marcada fisonomía del hombre en quien cifró su felicidad.



RIO OYARZUN

